

# T

Tocquomont, con 'T' de Tocquelaire

i

Quien, madrugador, se asomara en el verano de 1857 al texto de *Les Fleurs du Mal*, es posible, quizás hasta probable, que viniera a esas páginas fresca la herida en la retina por la lectura de *L'Ancien Régime et la Révolution*, aparecido el 16 de junio de 1856 y reeditado ya en el inmediato octubre. Quizás alguna de las 1300 copias de *Les Fleurs* puestas a la venta en 23 de junio de 1857 fuera visitada por un hipotético lector que viniera de visitar alguna de las 2200 copias de *L'Ancien Régime* que alcanzaron las librerías aquel 16 de junio. En cualquier caso, Alexis de Tocqueville, con 'T' de Tocqueville, no escribió nunca la carta a su amigo Gustave de Beaumont que abajo se finge, enderezándola a un día cualquiera de finales de agosto de 1857.

ii

a Gustave de Beaumont  
en Tocqueville, ...de agosto de 1857

No te habrá dado tiempo, mon cher ami, a contestar, quizás ni a recibir siquiera, mi anterior de 17 de agosto en la que te participaba mi dedicación, solitaria y calmada, tras mi regreso reciente de Londres, a mille petites occupations aquí, en Tocqueville, sourtout enchanté d'y être seul. O no tan solo, porque a mi paso por París tras ese regreso, a finales de julio, algún diablo travieso me

hizo deslizar en mi equipaje un libro que en el subtítulo promete 'poésies' y en su dedicatoria las identifica como *ces fleurs malades*. Atravesado como me encuentro, ya sabes, por una suerte de *humeur noire*, de *spleen* politique, a la vista de nuestra escena nacional, al repasar distraído, y luego no tanto, un montón de páginas que se abren –no importa el autor ahora; ni siquiera retengo su nombre: creo que escribió algo sobre la última Exposición Universal, dos años hace– con el epígrafe 'Spleen et idéal', reparo en una de esas fleurs du mal y no sé evitar hacerte partícipe de su lectura. La fleur en cuestión se llama 'Une gravure de Mortimer', y bajo tan inaparente encabezamiento se ofrece una

Alexis de Tocqueville

historia espectral. No faltan vampiros y fantasmas, abundancia de espectros, entre estas flores cuyo cultivador quiere malditas – y que, por lo que el *Moniteur* me transmite, ya atraen la atención

de nuestras autoridades–. Pero este grabado, ciertamente fantástico, nos importa muy mucho. Es que pinta la Revolución. Y lo hace en tal forma, con tal economía, que convierte mis laboriosas pesquisas de archivo en anotación masiva de su racimo de versos. Su espectro, tocado con la diadema del carnaval revolucionario, siembra terror con su sable sobre foudres sans nom, en un paisaje infinito de peuples, anciens et modernes, en situación cadavérica. Es la Revolución, mon cher ami, aquello sobre lo que indago desde, quizás, hace tanto tiempo como el que anuda nuestra amistad. Y aquello sobre lo que mi *L'Ancien Régime* vino a ser el pórtico, el año pasado hacia el que fui conducido, casi contra mi voluntad, cuando yo quería golpear este Empire nuestro – el de Napoleón le Petit: el hallazgo es de un tal Hugo– mediante el étude del primero, le Grand. Como éste, de otros muchos espectros parece repleta la obra de estas *Fleurs*, pues parece convencido su herborizador de que Belleza, Arte y Poesía tienen siempre la consistencia de una aparición fantasmagórica. Y también, a lo que parece, también La Révolution, ce spectre singulier. Renuncio ahora a transcribirte estos versos; aunque quizás no te sea fácil ahora hacerte con un ejemplar, se rumorea condena. Yo había mostrado cómo la Revolución fingió –soñó: tomo prestado del autor de las *Fleurs* uno de sus recursos favoritos– consumir una política antigua, saltando limpiamente por encima del Ancien Régime, destruyendo con tal salto hasta los cimientos de ese Régimen Antiguo. Cómo lo que venía a consumir era, precisamente, ese mismo Ancien Régime, y sobre todo cómo era la politique abstraite et littéraire, sa manière de détruire, más que la destrucción misma, el proceder sin experiencia de sus gens de lettres, lo que prolongaba el Ancien Régime en Démocratie, centralisation mediante – esa foudre sans nom que plaga peuples antiguos como modernos, esa

multitud que nuestro Napoleón le Petit cabalga sobre el rocín pelado del sufragio universal, de su caricatura plebiscitaria, invocando quizás otro espectro, el del socialismo.

Hace ya mucho tiempo, fue tras tu publicación del informe sobre el Sistema Penitenciario –tuyo: yo sólo puse notas, presté apuntes– algún caricaturista avisado de los que tanto abundaron tras los ‘gloriosos’ días de julio acuñó para ambos un nombre en el que me complazco: ‘Tocquomont’, nos llamaron. Está bien. Nuestros mayores –nuestros entonces mayores; aún no he dejado de percibir ecos de aquellas conferencias, tan restallantes, de Monsieur Guizot– quisieron hacernos creer que la partida se jugaba en el encontronazo letal de Revolución y Antiguo Régimen. ‘Tocquomont’, autor de aquella *De la Démocratie en Amérique*, empezó a mostrarles que quizás, sí, de Ancien Régime y Révolution iba la cosa, pero no en el encadenamiento que la retórica de *tabula rasa* révolutionnaire y égalitaire, hubiera querido hacernos creer. Por cierto, sigo repasando, mientras escribo, estas *Fleurs*, y reparo en otra de ellas, a su modo también espectral si bien un tanto más amable –¿será más temprana?– se titula L’Albatros, y casi me parece heraldo, o emblema, es la misma cosa, de mi palanca argumental en l’Ancien Régime, ya sabes, el primer capítulo de la tercera parte, ‘Comment, vers le milieu du XVIII<sup>e</sup> siècle, les hommes de lettres devinrent les principaux hommes politique du pays, et des effets qui en résultèrent’: ¡hasta qué punto l’infirmo qui volait figuraba ya, en la desmesura de sus inmensos remos, e inútiles, la pretensión de nuestros políticos a la hora de encontrar cauces –les institutions, les moeurs– a l’égalité des conditions, a la Démocratie. Cojos que volaban,

ciertamente. En el invierno de 1847 a 1848, no me cansé de advertirles: Est-ce que vous ne sentez pas... que dirai-je, un vent de révolutions qui est dans l’air?, decía entonces. Como creo que también se llegó a decir, cuando ya febrero llamaba a nuestras puertas, desde algún lugar de Alemania, que el tal vent era espectral, el espectro mismo del comunismo. Conozco bien el humus, no aquel en el que enraizan estas flores, sino el que crean al pudrirse. La revolución de 1830 me proporcionó la primera experiencia: je suis en guerre avec moi-même, c’est un état nouveau, affreux pour moi, le escribía entonces a mi esposa Marie. No acerté con la palabra, pero el autor de las *Fleurs* no para de darle vueltas, atraviesa el poemario: trouble, eso era entonces. La salida la conoces: reprendre pendant quelques années l’existence agitée du voyageur. Entonces nació Tocquomont, en el viaje americano y la segunda navegación de nuestros libros, aunque el bautizo en *La Caricature* –¿fue Daumier? ¿Gavarni quizás?– tardaría un poco. Y qué paradoja: si aquellos libros, Francia en el equipaje, y el viaje americano, voceaban al menos tres nombres, el tuyo, el mío y el de Tocquomont, el que ahora me ocupa, el libro de la Revolución, arrancó, tampoco hace tanto, teniendo que borrar mon nom, aplastado por otro nom que cometimos el error de considerar gastado: ‘il importe que mon nom reste absolument inconnu; car il n’y a plus de lois en France et nous sommes sous l’empire du sabre’ tuve que advertir, al deslizar en el *Times* mi protesta por la fantochada, terrible fantochada, del 2 de diciembre de 1851. Sous l’empire du sabre –y un sabre esgrime el espectro de las *Fleurs*–, a saber: porque un fantoche, desde entonces, cabalgando el tigre del ‘sufrage universel’ –deporte de invención reciente: sustituye al

ya demodé de ‘la constitution’– y sin otro capital conocido que, precisamente, ‘un nom’ – ‘Napoleón’– acababa de convertir la politique en fantasmagoría. Recuperado el nombre, hube de convertirme en nada, pues je ne m’oppose pas, je n’adhère pas. Je me tiens à l’écart... El invierno inhabitable que habitamos ha convertido ese *néant* en *écriture*, je n’ai donc rien de mieux à faire pour le moment que de me retirer à l’écart, et d’écrire. Y soy bien consciente de que este adelgazamiento – esta metamorfosis, lo diré con el autor de *Les Fleurs*, que me vampiriza–, d’écrire, cela même est encore de la politique, puesto que vous vous figurez bien que je ne vais pas m’occuper dans mes écrits des Mèdes et des Assyriens. Y, rien ne venant remplacer le goût de la politique a mi alrededor, he venido a instalar en el corazón del Ancien Régime, en forma de pregunta, el vendaval interior que me constituye: dice de la posibilidad de que le mouvement littéraire compense l’expérience de la politique. Dice de la posibilidad de que la Révolution sólo sea eso, la irrupción de la ilusión del cambio. Un mundo donde el sueño no hermana con la acción. Un virus.

No teniendo prevista esta carta, que ces fleurs malades han, inopinadamente, arrancado a mi soledad, la fin de mon papier met fin à mon sermon. Adieu, je vous embrasse de tout mon coeur.

iii

A la postre, el libro sobre ‘La Révolution’ sólo puede presentarse como discurso *interrumpido* sobre el ‘Ancien Régime’. Al final va a resultar, y la constatación es acaso superflua, que no hay nada más espectral que un texto *necesariamente* no escrito.

Julio A. Pardos

(con y sin Pepi, perrucha buena)